

creerme ingrato. Es un crimen horrible de que soy incapaz. He creído siempre que los cargos del Areópago no debían venderse; lo he dicho cien veces, y lo repito más que nunca. Esto nada tiene de común con la generosidad de Barmecida. No podía yo adivinar, metido en mis cavernas, que el nuevo jefe de un areópago transitorio tuviese la desgracia de haberse indispuerto con el más magnánimo de los hombres. En una palabra, no he cesado de quemar mi incienso en el templo de Barmecida el bienhechor. Ya sabéis cuán grande ha sido mi dolor al saber que sospechaba que yo le había olvidado. He escrito algunas veces á madama de Barmecida para justificarme, y si estuviese para morir le escribiría aún.

Os advierto, mi querida protectora, que jamás dejaré de lamentarme con vos. Os pediré siempre con favor que pongáis bien en claro mi inocencia. Os importuno con frecuencia á este propósito; pero los que sufren mucho son dados á quejarse, y os ruego encarecidamente que digáis á ese hombre sublime que ha hecho á un hombre infortunado. Tendría aún cuatro páginas que llenar, pero me callo.

Á M. DE LA HARPE

Ferney, 4 de Julio de 1776.

El día de vuestra recepción ¹, ha sido un verdadero día de triunfo, porque fué precedido de batallas y de victorias. Los que ponen en la misma balanza la vida indolente y casi obscura con la activa y gloriosa, no

1. 20 de Junio de 1776.

piensan en que no se debe comparar á Ático con César.

Paréceme que me habría limitado á celebrar vuestros éxitos sin daros tantos consejos sobre la manera de gozar de ellos: pero, después de todo, ésta no es sino una nueva moda de asegurar los laureles en la cabeza de los triunfadores. Vuestra gloria es completa, mi placer también, y mi agradecimiento igualmente. ¡Cuánto no debo á vuestra amistad animosa, que comparte públicamente conmigo los florones de su corona, y que me hace sentar en su carro de triunfo á la vista de nuestros enemigos! Eso es lo noble, lo verdaderamente generoso y lo que revela la firmeza de un corazón inquebrantable.

Creo que abreviando mucho la *Farsalia* podréis sacar muy buen partido. Acordaos de la divisa á propósito de Felipe III. ¹ *Cuanto más se le quita, más grande es.*

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

19 de Julio de 1776.

Mi querido ángel, acabo de saber que madama de Saint-Julien llega á mi desierto en compañía de Le Kain.

Si es cierto, estoy tan maravillado como lleno de júbilo; pero es preciso que os diga cuán incomodado estoy, por la honra del teatro, contra un tal Tourneur que se dice secretario de la librería, y que no me parece secretario de buen gusto. ¿Habéis leído por casualidad dos volúmenes de ese miserable, en los que pretende hacernos mirar á Shakespeare como el único modelo de la verdadera tragedia? Le llama el

1. Se trata de Felipe IV, y no de Felipe III. (N. del T.)

dios del teatro. Sacrifica en aras de su idolo á todos los franceses sin excepci3n, como se sacrificaban en otro tiempo cerdos á Ceres. Ni siquiera se digna nombrar á Corneille y Racine; esos dos grandes hombres se hallan envueltos en la proscripci3n general, sin que siquiera se pronuncien sus nombres. Hay ya dos tomos impresos de ese Shakespeare, cuyas piezas parecen comedias de feria hechas hace doscientos años.

El tal escritor ha hallado medio de hacer que se suscriban á su obra el rey, la reina y toda la familia real.

¿Habéis visto su abominable fárrago que aún parece debe tener dos volúmenes? ¿Sentís un odio bastante vigoroso contra ese imbécil desvergonzado? ¿Permitiréis la afrenta que se hace á Francia? Vos y M. de Thibouville sois demasiado blandos. No hay bastantes desaires, ni bastantes gorros de asno, ni bastantes medios de sacar á uno á la vergüenza, tratándose de semejante bandido. Al hablaros de él hierve la sangre en mis venas. Si no os ha irritado os tengo por un hombre impasible. Lo más terrible del caso es que el tal monstruo tiene un partido en Francia: y para colmo de calamidad y de horror, soy yo el primero que en otro tiempo hablé de ese Shakespeare, el primero que mostré á los franceses algunas perlas que había encontrado en su enorme basurero. No esperaba contribuir un día á que hollasen las coronas de Racine y de Corneille, para ornar la frente de un histrión bárbaro. Procurad, os suplico, encolerizaros tanto como yo; de otra suerte me creo capaz de hacer una barbasada. Vuelvo á *Le Kain*. Dicese que representará seis piezas para los ginebrinos ó para mí. Preferiría que hubiera representado á *Olimpia* en París; pero no le gusta figurar en un papel cuando éste no eclipsa á

todos los demás. No sé si M. de Richelieu publicará el resumen de su proceso, que será su última palabra. Me había prometido enviármelo. No le he dicho bastante cuan importante era para él no fastidiar al público. Había escogido un abogado que él creía muy grave y que sólo era muy fastidioso. Hay muchos de esos señores que hacen grandes mamotretos, pero no los hay que sepan escribir.

Si queréis, mi querido ángel, curarme de mi mal humor, dignaos escribirme una palabrita.

Á M. DESMEUNIERS

24 de Julio de 1776

Dispensadme, señor, si mis ochenta y dos años y mis muchas enfermedades no me han permitido daros antes las gracias por el muy agradable presente que M. Panckoucke me ha hecho de vuestra parte ¹. Me maravillo mucho de que siendo tan joven hayáis tenido tiempo y paciencia para recorrer el mundo entero y poner en orden todos sus caprichos y sus ridiculees. Nada hay más divertido que este cuadro lleno de movimiento; ha debido costaros mucho trabajo el proporcionarnos tanto placer.

Este inmenso cuadro del mundo moral vale más que las prodigiosas colecciones del mundo físico, y es mucho más interesante; porque no se vive con los animales grandes ó pequeños de que tanto han hablado los Plinios antiguos y modernos, mientras que está uno expuesto á vivir y tratar con hombres de todos los países. Nadie conoce mejor esta verdad que yo que me

1. *Esprit des usages des différents peuples.*

hallo colocado, desde hace veinticinco años, en un rincón de tierra, entre cuatro pueblos diferentes, en el camino real de todos los viajeros de Europa.

Aceptad, caballero, mis gracias, etc.

Á M. D'ALEMBERT

Ferney, 25 de Julio de 1776.

Secretario del buen gusto más bien que de la Academia, mi querido filósofo y amigo, acudid en mi auxilio. Leed mi trabajo contra nuestro enemigo M. Letourneur ¹. Haced que lo lean M. Marmontel y M. de la Harpe, que están interesados en ello. Ved si podéis y si os atrevéis á escribirme una carta ostensible; una palabra en vuestra calidad de secretario, en contestación á mi escrito.

Estoy algo indignado contra el tal Letourneur; pero hay que contener la cólera cuando se defiende una causa ante los jueces. Se pretende hacernos demasiado ingleses, y yo pleiteo por Francia. He dicho exactamente la verdad y por eso me dirijo á vos.

Os supongo actualmente muy ocupado con los premios; pero os pido medio cuarto de hora de audiencia. Siento en el alma pedirlos desde cien leguas de distancia. Conservadme un poco de amistad: es el consuelo de los últimos días de mi vida. No sé si la vuestra es más feliz; la mía sería menos deplorable si pudiera abrazaros.

1. Carta á la Academia francesa sobre Shakespeare.

AL SEÑOR ABATE PEZZANA

Ferney, el 30 de Julio de 1776.

Ecco il dotto Pezzana...

« ... Che gran speme

Mi da che ancor del mio nativo nido

Udir fara da Calpe agli Indi il grido. »

Es próximamente lo que dice *questo divino Ariosto nel canto XLVI, stanza 18*. Me colmáis de honores y satisfacciones, prometiéndome un *Ariosto* entero comentado por vos. *El huérfano de la China* no merecía vuestras bondades, mientras que el *Ariosto* merece todos vuestros cuidados. Seguramente necesita vuestros comentarios en Francia y hacéis un gran servicio á la literatura. Daréis á conocer á todos los personajes de la casa de Este, de que habla, y á todos los grandes hombres de su tiempo que están designados en el principio del último canto. Este canto es poco conocido en Florencia mismo, según me han dicho literatos toscanos que se dolían de ello. No me atrevo á daros gracias en vuestra hermosa lengua, ni encuentro en la mía expresiones para haceros saber la infinita estima con que tengo el honor de ser, etc.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

30 de Julio de 1776.

Mi querido ángel, reina en el templo del Señor la abominación de la desolación. Le Kain, tan irritado como vos os mostráis en vuestra carta del 24, me dice que casi toda la juventud de París está por Letourneur;

que no hay nada más grande ni decente en París que los *Giles de Londres*, y que por último, se va á representar una tragedia en prosa, en que hay una reunión de carniceros, que producirá maravilloso efecto. He visto acabar el reinado de la razón y del gusto; voy á morir dejando á Francia en estado bárbaro; pero felizmente vivis vos, y me lisonjeo con que la reina no permitirá que su nueva patria, de que es el encanto, sea presa de los salvajes y de los monstruos. Me lisonjeo con la idea de que el señor mariscal de Duras no nos habrá hecho el honor de ser de la Academia para vernos comidos por hotentotes.

Á veces me he quejado de los bárbaros galos; pero he querido vengar á los franceses antes de morir. He enviado á la Academia un ligero escrito en el que he intentado ahogar mi justo dolor para no dejar hablar sino á mi razón. Dicha Memoria se halla en manos de M. d'Alembert; pero me parece que no debo hacerla imprimir, sino en el caso de que la Academia le dé una aprobación algo auténtica. Desgraciadamente no hay precedentes. Sin embargo, éste es el caso en que debía dictar una sentencia contra la barbarie. Voy á procurar reunir las cuartillas de mi borrador para enviaros una copia en limpio. Sé que voy á crearme crueles enemigos, pero tal vez algún día me agradecerá la nación el haberme sacrificado por ella.

Secundad mi debilidad, mi querido ángel, y onedme á la sombra de vuestras alas.

Á LA SEÑORA PRINCESA LE BENIN

1776.

Señora, madama de Saint-Julién me ha hecho el ho-

nor de escribirme que si disputaba Le Kain á la reina debía implorar vuestra protección. He corrido inmediatamente al templo de las Gracias para echarme á vuestros pies. Una de vuestras compañeras me ha dicho:

Imite-nous, tu feras bien,
A cette reine si chérie
Nous ne disputons jamais rien
Et nous l'avons toujours servie.

Señora, heme aquí justamente como las Gracias; no disputo nada á Su Majestad; pero desgraciadamente no puedo hacer en el mundo nada que sea digno de sus miradas y de las vuestras. Os ruego únicamente que perdonéis á un anciano de ochenta y tres años el que os importune para deciros que si tuviese fuerza para ir á gritar: ¡Viva la reina! para haceros la corte, para veros y oiros antes de morir, moriría feliz.

Soy entre tanto, señora, con el mayor respeto, vuestro, etc.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 5 de Agosto de 1776.

Mi querido ángel, habéis velado sobre la primavera de mi vida y ahora veláis sobre su fin. Es preciso que os descubra el fondo de mi miseria: no debe uno ocultar nada á su ángel guardián.

Al echar una ojeada á mi carta dirigida á la señora princesa de Henin, y sobre mis versillos dirigidos á la reina, habréis creído que yo era un viejo loco que sólo pensaba en divertirme. La verdad es que en el fondo, aunque parecía alegre, estaba mucho más triste, porque ocultaba por un momento mis dolores para procurar mostrarme regociado.

Sabéis, tal vez, que un trovador ambulante llamado Saint-Gerán, protegido por madama de Saint-Julien, habiendo echado de ver que en mi pequeña ciudad, á medio edificar, había un gran almacén que se podía convertir en sala de comedia á la que haría venir á toda Ginebra, á toda Suiza, ha montado en seguida, á mis expensas, su teatro y ha hecho un contrato con Le Kain para venir á encantar á los trece cantones. Mientras él negociaba con Le Kain, y Madama Denis miraba esta operación como la más hermosa del reino, yo supliqué que trataseis de conseguir una licencia para Le Kain; pero me guardé muy bien de pedirla en mi nombre; esta temeridad me hubiera parecido demasiado fuerte. Todo ha salido mejor de lo que me hubiera atrevido á esperar. Le Kain ha venido y ha hecho célebre á Ferney. Han representado de un modo superior tanto en Ferney como en otro teatro situado á dos leguas de aquí, y perteneciente también al trovador Saint-Gerán. Por mi parte, es tal mi triste suerte, que apenas he podido asistir una vez á dichas fiestas. Atravesaba, y sigo atravesando una crisis no sólo de negocios y de pesares, sino también de enfermedades que abruman y asedian el fin de mis días. He dejado de ver representar á Le Kain, y por consiguiente estoy muerto; mientras tanto me creen un viejo loco que disputa á Le Kain á la reina. Os figuraréis tal vez que no estoy muerto porque os escribo con mi flaca mano; pero estoy muerto realmente desde que me han quitado á M. Turgot. Veo mi pobre país desolado, mis *Te Deum* convertidos en *De profundis*, mis nuevos habitantes dispersos y cien casas recién construidas que van á verse desiertas; todo esto trastorna y mata á un hombre, sobre todo cuando tiene ochenta y dos años. Sin embargo, no me quejo de estar muerto, sino de que no resucite mi *Olimpia*. Le tenía

cariño á esta *Olimpia*, pero ahora ¿á quién puedo querer? á ninguno de estos esperpentos.

Os lego á *Olimpia*, mi querido ángel, y á M. de Thibouville. Me pongo *sub umbra alarum tuarum*.

EL VIEJO ENFERMO.

Á M. D'ALEMBERT

13 de Agosto de 1776.

Comprendo muy bien, mi querido amigo, que no he trabajado bastante mi declaración de guerra á Inglaterra. Sólo puede tener éxito merced á vuestro arte, muy poco conocido, de hacer valer lo mediano y de escamotear lo malo substituyendo felizmente una palabra á otra, agregando una frase acertada, ó mediante una expresión sobreentendida, en fin, merced á todos los secretos que poseéis.

El punto esencial, mi querido filósofo, consiste en inspirar á la nación la repugnancia y horror que debe sentir hacia Gil Letourneur, preconizador de Gil Shakespeare, arrancar á nuestros jóvenes del abominable cenagal en que se precipitan, y procurar conservar nuestra honra, si alguna nos queda. Pongo el asunto en vuestras manos. Sed hoy mi ratón; cortad, quitad y sobre todo borrad. Pero os ruego encarecidamente que dejéis subsistir mi invocación á la reina y á las princesas. Hay que atraerlas á nuestro partido. Debo, sobre todo, tomar á la reina por protectora, puesto que se ha dignado renunciar á Le Kain durante un mes en mi favor. Le gusta el teatro trágico; distingue lo bueno de lo malo, como si comiese manteca y miel. Será el sostén del buen gusto.

Os ruego que, una vez que os hayáis dignado leer y

embellecer mi diatriba, me la enviéis de nuevo. Volveré á trabajar en ella, pues tengo materiales, y luego os la enviaré por medio de M. Devaines. Creo que es el librero de la Academia el llamado á imprimirlas. Aumentará el número de mis enemigos; pero debo morir combatiendo, puesto que sois mi general.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 27 de Agosto de 1776.

¿Qué os diré, mi querido ángel, acerca de vuestra carta, indulgente y amable, del 19 de Agosto? Os diré que si no fuese enteramente inválido, y si no hubiese cumplido ochenta y dos años, haría el viaje á Paris por la reina y por vos. Os confieso que tengo furiosos deseos de tenerla por protectora. Casi habia esperado que *Olimpia* fuese representada en su presencia. Consideraba esta protección declarada, de que me lisonjeaba, como una égida necesaria que me defendería de enemigos encarnizados, y á cuya sombra acabaría apaciblemente mi carrera. No he podido lograr esta pequeña satisfacción de hacer representar á *Olimpia*. Hay que confesar que á Le Kain no le gustan los papeles en que no eclipsa á los demás. Nos ha dado en Ferney un *Bayardo*¹, en que no ha tenido otro éxito que el de aparecer en su cama medio cuarto de hora. No le he visto representar esta obra detestable. No puedo soportar los malos versos ni las tragedias de colegio que no tienen más mérito que el ser raras y curiosas. Le Kain, para acabar conmigo, representará á *Escévola* en Fontainebleau. Estoy persuadido de que una reina joven,

1. *Gaston et Bayard*, de de Belloy.

que tiene buen gusto, no se complacerá mucho con ese *Escévola*², que no es más que una vieja declamación digna de los tiempos de Hardy.

Le Kain no me ha dado cuentas, como usted supone, de las razones que le mueven á preferir esa antigualla; no me ha dado cuenta de nada. Verdad es que tampoco se la he pedido. Había hecho un contrato con dos empresarios para venir á ganar dinero cerca de Ginebra y en Besançon. Actualmente está representando en Besançon; le recibí lo mejor que pude mientras estuve en casa, y no sé más.

Ignoro cómo habrán fallado el día de San Luis mi querrela contra Le Tourneur. No he tenido tiempo de enviar mi trabajo tal como lo he arreglado á última hora. Voy á hacer que tiren algunos ejemplares para someterlos á vuestra aprobación. Dicese, para vergüenza de nuestra nación, que hay un gran partido, compuesto de arregladores de dramas y tragedias en prosa, secundado por algunos galos que creen ser del Parlamento de Inglaterra. Todos esos señores, según cuentan, abominan de Racine y me inmolan en aras de su divinidad extranjera. No hay ejemplo de semejante trastorno de entendimiento ni de semejante torpeza. Los Giles y los Pericos de la feria de Saint-Germain, hace cincuenta años, eran *Cinmas* y *Pohutos* en comparación de los personajes de ese borracho de Shakespeare, á quien M. Le Tourneur llama *el dios del teatro*. Todo esto me tiene tan colérico, que no os hablo de la horrible decadencia en que va á caer de nuevo mi pequeña colonia. Pagamos muy caro el momento de triunfo que nos proporcionó M. Turgot. Heme aquí completamente vilipendiado en verso y prosa. Tengo

2. Tragedia de Duryer, 1646.

que renunciar á todas las partidas que había empezado. Hay que saber sufrir; es un oficio que estoy practicando desde hace muchos años, y ya soy maestro consumado.

Desearía saber cómo toma M. de Thibouville la barbarie en que hemos caído. Paréceme que no lo toma muy á pecho. En cuanto á vos, mi querido ángel, ya sé á qué atenerme en vista de vuestra noble cólera contra M. Le Tourneur.

Creo que muy pronto tendréis á Madama Denis, que emprende un viaje muy penoso para ir á consultar á M. Tronchin; y lo peor es que va á consultarle por una enfermedad que no tiene. ¡Dios quiera que este viaje no le proporcione una verdadera! La acompañará el grueso abate Mignot.

Después la traerá un caballero vecino nuestro que va con ellos. ¿Por qué no voy yo también? Porque tengo ochenta y dos años, ochenta casas que acabar y ochenta tonterías que hacer; en el fondo estoy más enfermo que ella, y hasta demasiado enfermo para hablar con médicos.

Mi querido ángel, á pesar de hallarme sepultado en la frontera de Suiza, comprendo, sin embargo, que vivo con vos.

Á M. DEVAINES

4 de Septiembre de 1776.

No sé, señor, si después de haber declarado la guerra á Inglaterra podré hacer la paz con ella. No tengo ningún Canadá que cederle ni ninguna compañía de Indias que sacrificarle; pero no le pediré perdón por haber sostenido las bellezas de Corneille y Racine con-

tra Gil y Perico, y no creo que el embajador de Inglaterra pida al rey de Francia la supresión de mi declaración de guerra.

No he podido encontrar aún en Ginebra el pequeño comentario histórico de que me habláis; ha sido impreso en Lausana, y creo que es Panckoucke el que tiene toda la edición. Creo, sin embargo, que podré hallarlo muy pronto.

Estoy en la actualidad muy malo y no salgo de la cama.

Permitidme que ponga en vuestro sobre una palabrita para M. d'Alembert.

Os suplico también que hagáis el favor de hacer llegar el adjunto paquete á M. Moureau, librero del muelle de Gèvres.

Á M. DEVAINES

7 de Septiembre de 1776.

Soy, señor, un viejo húsar inválido, pero he combatido solo contra un ejército entero de panduros. Me lisonjeo de que al fin habrá algunos bravos franceses que se unan á mí si hay galos bárbaros que me abandonen. M. de La Harpe responderá mejor que yo á M. Le Tourneur al dar su *Menzikof* y sus *Barmecidas*. Estoy muy contento de su periódico; escribe tan bien en prosa como en verso; seguramente la gente de buen gusto no echará de menos á su predecesor.

Estoy persuadido de que habéis sentido la mayor indignación contra la insolente mala fe de un secretario de nuestra librería, que tiene la bajeza de inmolar Francia á Inglaterra para obtener algunas subscripciones de los ingleses que van á Paris. Es imposible que

un hombre que no esté absolutamente loco haya podido á sangre fría preferir un Gil, como Shakespeare á Corneille y á Racine. Semejante infamia no puede cometerla sino una sórdida avaricia que corre tras de las guineas.

Sé que Garrick ha podido causar alguna ilusión por medio de su modo de representar, que, según dicen, es muy pintoresco. Habrá podido representar muy naturalmente las pasiones que Shakespeare ha desnaturalizado exagerándolas de una manera ridícula, y algunos ingleses se habrán imaginado que Shakespeare es superior á Corneille porque Garrick lo es á Molé.

He aquí, tal vez, el origen del extraño error de los ingleses. Los dejo entregados á su falta de sentido, y no he de retractarme por darles gusto.

Tampoco me retractaré, señor, con respecto á un grande hombre á quien, sin duda, seguis amando, y á quien os suplico, cuando lo veáis, que le hagáis presente mi respetuosa é inalterable admiración.

AL SEÑOR MARISCAL DUQUE DE RICHELIEU

Ferney, 6 de Septiembre de 1776.

Supongo, monseñor, que en esta época de vacaciones no os ocupará vuestro proceso todo vuestro tiempo libre y que tendréis, tal vez, algunos ratos de ocio para echar una mirada al folleto que fué leído en la Academia el día de San Luis. Estoy persuadido de que nuestro fundador, que no quería á los ingleses, hubiera protegido este trabajito; y me atrevo á creer que nuestro decano, que les ha hecho pasar bajo las horcas caudinas, no tomará el partido de Shakespeare contra Corneille y Racine.

Ignoro si honrasteis la Academia con vuestra presencia el día en que se leyó en ella dicho trabajo. Puede perdonarse á los ingleses el que ensalcen á sus Giles y Polichinelas; ¿pero puede ser permitido á los literatos franceses atreverse á preferir chocarrerías tan bajas, ten repugnantes y absurdas á las obras maestras de *Cinna* y *Atalia*? Paréceme que toda la gente honrada de Paris (porque aun debe haber alguna) debe estar indignada ante tan despreciable insolencia. El tal Le Tourneur ha tenido la osadía de poner los nombres del rey y de la reina al frente de su edición, que debe deshonorar á Francia á la vista de Europa. Corresponde seguramente al descendiente de nuestro fundador proteger á la nación en esta guerra; pero es preciso que empecéis por hacer que os hagan justicia antes de hacérnosla. Vuestro proceso es tan extraordinario como la insolencia de Le Tourneur, y debe preocuparos mucho más; hasta debo pedir os perdón por hablarlos de otra cosa distinta de la que tan de cerca os interesa.

Madama de Saint-Julién se ha separado de mí para ir á las aguas de Plombières, y temo mucho que caiga gravemente enferma en el camino. Por mi parte, apenas tengo vida; creo que no viviré largo tiempo. De todos modos, moriré á lo menos como he vivido, profesándoos la más cariñosa afeción.

Á M. HUME

Ferney 24 de Octubre de 1776 ¹.

He leído, señor, las piezas del proceso ² que habéis

1. Impresa primero separadamente, esta carta fué unida á la *Lettre au docteur Pansophe*.

2. *L'exposé succinct* de Hume.

tenido que sostener ante el público contra vuestro antiguo protegido. Confieso que la grande alma de Juan Jacobo ha puesto en claro la maldad con que le habéis colmado de beneficios; y es inútil que se haya dicho que se trata del proceso de la ingratitude contra la beneficencia.

Yo me hallo implicado en el asunto. Rousseau me acusa de haberle escrito desde Inglaterra una carta en que me burlo de él, y acusa á M. d'Alembert del mismo crimen.

Aun cuando ambos fuésemos culpables en el fondo de nuestro corazón de semejante enormidad, os juro que no lo soy de haberle escrito. Hace siete años que no he tenido ese honor. No conozco la carta de que habla, y os juro que si hubiese dado alguna broma pesada acerca de Juan Jacobo Rousseau, no lo negaría.

Me ha hecho el honor de ponerme en el número de sus enemigos y de sus perseguidores. Íntimamente persuadido de que se le debe levantar una estatua, como lo dice en la cortés y decente *carta* de Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra, á Cristóbal de Beaumont, arzobispo de París, cree que la mitad del universo está ocupada en colocar sobre el pedestal dicha estatua, y la otra mitad en echarla por tierra.

No solamente me ha creído *iconoclasta*, sino que se ha imaginado que yo había conspirado contra él con el consejo de Ginebra para hacer decretar su prisión, y en seguida con el consejo de Berna para hacer que le arrojaran de Suiza.

Ha persuadido estas lindezas á los protectores que cuenta aún en París, y me ha hecho pasar á los ojos de éstos como un hombre que perseguía en él la sabiduría y la modestia. He aquí, señor, cómo le he perseguido :

Cuando supe que tenía muchos enemigos en París, que amaba como yo el retiro, y presumí que podía prestar algunos servicios á la filosofía, le hice proponer por conducto de M. Marc Chapuis, ciudadano de Ginebra desde el año de 1759, una casa de campo llamada l'Ermitage, que yo acababa de comprar.

Mi ofrecimiento le conmovió tanto que me escribi6 las siguientes palabras :

« Señor, no os quiero, corrompéis mi república dando espectáculos teatrales en vuestro castillo, etc. »

Esta carta, que procedía de un hombre que acababa de dar en París una ópera ¹ y una comedia ², no estaba, sin embargo, fechada en una casa de locos. No le contesté, como podéis suponer, y supliqué al médico M. Tronchin que tuviese á bien enviarle una receta para semejante enfermedad. M. Tronchin me respondió que, puesto que no podía curarme de la manía de escribir aún piezas para el teatro á mi edad, desesperaba de curar á Juan Jacobo. Nos quedamos, pues, cada uno con nuestra enfermedad.

En 1772, el consejo de Ginebra emprendió su cura y dictó una especie de orden, á fin de asegurarse de su persona para someterle á un régimen. Juan Jacobo, perseguido en París y en Ginebra, convencido de que un cuerpo no puede estar en dos lugares á la vez, se refugió en un tercero. Con su prudencia ordinaria dedujo que yo era su enemigo mortal, puesto que no había respondido á su cariñosa misiva. Supuso que una parte del consejo de Ginebra había estado comiendo en mi casa para resolver su pérdida y que la minuta de su sentencia había sido escrita en mi misma mesa al

1. *Le Devin de Village.*

2. *Narcisse, ou l'Amant de lui même.*

final de la comida. Logró persuadir á algunos de mis conciudadanos de una cosa tan verosímil, y la acusación adquirió tal gravedad, que me vi obligado al fin á escribir al consejo de Ginebra una carta muy fuerte, en que le decía que si había un solo individuo de aquel cuerpo que me hubiese hablado jamás del menor proyecto contra Rousseau, consentía en que le mirasen como un malvado y á mí también, y que detestaba demasiado á los perseguidores para ser uno de ellos.

El consejo me respondió, por conducto de un secretario de Estado, que yo no había tenido jamás, ni debido ni podido tener la menor parte, directa ni indirectamente en la condena del señor Juan Jacobo.

Ambas cartas se encuentran en los archivos del consejo de Ginebra.

Pero al hacer el oficio de delator y de hombre un tanto reñido con la verdad, hay que confesar que ha conservado siempre su carácter de modestia. Me hizo el honor de escribirme¹ antes que la mediación llegase á Ginebra, estas mismas palabras :

« Señor, si habéis dicho que yo no he sido secretario de embajada en Venecia, habéis mentido; y si no he sido secretario de embajada ni he tenido ese honor, soy yo quien ha mentido. »

Ignoraba que el señor Juan Jacobo hubiese sido secretario de embajada; y no había dicho nunca una sola palabra de ello, porque jamás había oído hablar de semejante cosa.

Ensené esta agradable carta á un hombre verídico, muy al corriente de los asuntos extranjeros, curioso y exacto; esta clase de gente es peligrosa para los que citan á la ventura. Rebuscó las cartas originales escri-

1. El 31 de Mayo de 1765.

tas de mano de Juan Jacobo el 9 y 13 de Agosto de 1743, á M. Du Theil, primer oficial de asuntos extranjeros, que era entonces su protector. Allí se leen estas mismas palabras :

« He estado dos años al servicio del señor conde de Montaigu, embajador en Venecia... he comido su pan... : me ha arrojado vergonzosamente de su casa... ; me ha amenazado con hacerme arrojar por la ventana... y, lo que es peor, si permanecía más largo tiempo en Venecia... etc. »

¡Qué secretario de embajada tan poco respetado! y ¡qué poca consideración con la altivez de una grande alma! Le aconsejo que haga grabar al pie de su estatua las palabras del embajador al secretario de embajada.

Ya véis, señor, que este pobre hombre no ha podido jamás mantenerse bajo la dependencia de ningún amo ni conservar ningún amigo; lo primero, porque el tener un amo es contrario á la dignidad de su ser; y lo segundo, porque la amistad es una debilidad á que no debe someterse un sabio.

Decis que escribe la historia de su vida; ha sido demasiado útil al mundo, y está llena de demasiado grandes acontecimientos para que no preste á la posteridad un servicio publicándola. Su afición á la verdad no le permitiría disfrazar la más insignificante de estas anécdotas, á fin de que sirvan para la educación de los principes que quieran ser carpinteros como Emilio.

Á decir verdad, señor, todas estas pequeñeces no merecen que se les consagren dos minutos; todo ello caerá muy pronto en un eterno olvido.

En este torrente inmenso que nos arrastra y traga á todos ¿qué hay que hacer? atenernos al consejo que